

*Del periodismo como condición ontológica*

# Espejo y profecía

Carlos Ulises Mata

*Soy Paolo Ucello con su espejo al hombro.  
“Apólogo y meridiano del amante”*

*Fausto maravillado. Asistiendo a la sorpresa diaria del planeta:  
crímenes bestiales, traiciones inenarrables, lealtad, nobleza.  
“Tramontar”*

Hay en la obra poética temprana de Efraín Huerta tres poemas muy significativos que presentan de forma explícita el acontecimiento trascendente de la conversión. Uno de ellos, “La traición general”, publicado el 17 de enero de 1937 en *El Nacional*, describe esa experiencia como surgida de una decepción. Dicen sus primeras líneas:

No; no era verdad tanta limpia belleza.  
No es la primavera un retumbar de vivas al mediodía  
o un canto exaltado al mito del paisaje.

Siguen luego once versos en los que se ahonda la visión del desengaño: no sólo la belleza y la primavera esconden tras de sí sobornos y predicaciones mentirosas; también los crepúsculos, el arcoíris, las nociones tradicionalmente alabadas en la poesía (soledad, ausencia, silencio) y hasta el amor son falsificaciones que desquician, arruinan y avergüenzan a quienes las admiten como valores.

En ese estado de ruina se origina la conversión (nótese la reiteración del “ahora” que anuncia la adquisición irreversible del nuevo carácter):

Y ahora, cuando nada nos pasa desapercibido,  
denunciamos a los traidores, a los huecos poetas  
que nos cantaron “nanas” deliberadamente  
y nos dieron calmantes y narcóticos  
distrayendo atenciones y ennegreciendo vidas.  
Ahora vemos todo en recio primer plano.

La segunda conversión (veremos que es la misma) se lee en “Esa sangre”, de 1938, considerado por José Emilio Pacheco como “uno de los mejores poemas que escribieron los mexicanos sobre la España de 1936-1939”. Aquí, la profunda y definitiva transformación moral de quien escribe se relata en siete versos perturbadores:

Yo era. Yo era simplemente  
antes de ver esa sangre.  
Ahora soy, estoy, completo,  
desamparado, ensordecido,  
demasiado muerto para poder, después,  
ver con serenidad ramos de rosas  
y hablar de las orquídeas.

La lección es inequívoca y busca ser ejemplar. El individuo (yo, quien sea) no puede sino rebelarse al advertir la incongruencia entre los escenarios idílicos de los libros y el mundo aterrador del “recio primer plano”. No puede evitarse la conmoción humana de quien, sin más, un día, mira la sangre derramada correr. Junto a esas certezas, los poemas indican la también inevitable transformación que ha de operarse en las maneras aceptadas de ver, de hablar y, claro, de escribir poesía, señalando cómo esta actividad no puede consistir ya más en “hablar de las orquídeas”; su obligación de ser *ahora* una mirada doliente y sin encubrimientos del mundo (“nada nos pasa desapercibido”) y de constituirse en una voz que reclama el fin de la inacción (“ver con serenidad ramos de rosas”). En suma, su obligación de ser un ejercicio indignado de esclarecimiento y refundación moral.

La breve serie culmina —concluye y llega a su cima— con “Poema del desprecio”, uno de los escritos más impresionantes en la obra poética entera de Efraín Huerta, a cuya lectura completa remito, sin poder evitar, sin



Oswaldo Díaz-Ruanova, Emilia Guiú y Efraín Huerta, marzo, 1945

embargo, aducir sus primeros 22 versos, en los que con meridiana claridad se presenta la mirada retrospectiva sobre una vida, una visión y una esperanza turbias en trance de ser abandonadas:

I

Yo viví en otro tiempo  
 en cielo y sueño ajenos,  
 en un grave y pausado cementerio,  
 en la aridez navegable del hastío.  
 Llegué a ofrecer mi sangre,  
 mi aguda sangre de loco minucioso,  
 por esta idea o hambre:  
 tan sólo el alba y ciertas  
 verdades corroídas,  
 digo, convencionales hasta el asco,  
 podían redescubrirme  
 las virtudes más dulces,  
 o latir sumergidas  
 en el nocturno río de mi esqueleto.  
 Vendido a la esperanza  
 y a la breve gacela de la ternura,  
 derramé un frágil llanto  
 sin sentido ni gracia;  
 y la bestia, la vida,  
 en amargos insomnios  
 me dio apenas el ansia  
 de la agonía y el crimen.

Publicado por primera vez en 1943 —caso rarísimo: no en español, sino traducido al inglés por Lloyd

Mallan—, “Poema del desprecio” comunica con perfección y áspera elocuencia uno de los ejes expresivos fundamentales de *Los hombres del alba* y en general del periodo de vida y escritura de Efraín Huerta que va de 1935 a 1944: la vivencia atroz de la angustia, la decepción y el abandono como semillas necesarias para que crezcan la flor del desprecio (a toda seguridad, toda tibieza y todo cinismo) y la flor del odio a sí mismo, semillas a su vez del nacimiento a una fe y una vida nuevas, pues —como antes había escrito en “Teoría del olvido”— “declinada la muerta adolescencia / la vida nueva es fruto permitido”.

Como se ve, un definitivo renacimiento vital y moral tiene exacta elaboración en los poemas citados (también en otros escritos); falta decir que la conversión íntima del individuo Efraín Huerta debió de ocurrir (o cuando menos iniciarse) mucho antes de escribirlos, si nos atenemos a testimonios muy seguros.

A sus quince años, en 1929, Huerta realiza actividades de representación para el Gran Partido Socialista del Centro de Querétaro. En 1931, con 17 y ya en la Ciudad de México, lee a Marx y lo deslumbra una frase de *Zur Kritik der Politischen Oekonomie* que asienta así en uno de sus cuadernos, en alemán con traducción alemana al español: “El modo de producción de la vida material determina, de una manera general, el proceso de la vida social, política y espiritual”. De 1932 a 1934, en sus ocasionales regresos a Irapuato, donde vive su padre, publica crónicas urbanas y artículos de reivindicación social y de crítica al presidente municipal en semanarios locales, sin firma a veces para escapar al riesgo de



© Leonora / FCB

Agustín Lara, María Félix y Efraín Huerta, hacia 1945

ser encarcelado como varios de sus colegas. Desde 1933 lee la *Hoja literaria* que en Madrid editan Arturo Serrano Plaja, Antonio Sánchez Barbudo y Enrique Azcoaga, de uniforme contenido militante. En 1935 —año axial— ingresa a la Juventud Comunista, se afilia a la Federación de Estudiantes Revolucionarios, y —auténtica revelación— conoce a Rafael Alberti.<sup>1</sup> Luego, en los primeros meses de 1936, lee en casa de Genaro Estrada —quien recibía los primeros ejemplares de esa y otras publicaciones— los cuatro números de *Caballo Verde para la Poesía*, la revista mítica dirigida por Pablo Neruda, y ahí, en su número 1, de octubre de 1935, Huerta descubre “Sobre una poesía sin pureza”, poema en prosa del chileno que adoptaría como un credo.

<sup>1</sup> Años después, Huerta recordaría ese encuentro y los meses de trato frecuente con Alberti y María Teresa León. “En sus luminosos treinta y tantos años, el poeta era algo más que un torbellino: un ciclón avasallador y encantador”. Esas palabras revelan cómo a la admiración por su obra Huerta sumó el deslumbramiento humano ante la figura heroica del gaditano, quien llegó a nuestro país procedente de la URSS y rodeado de un aura irresistible para el joven veinteañero: por su participación en la huelga de los mineros asturianos de 1934; por su condición de exiliado político; por la cercanía amistosa con que hablaba de los dioses literarios del joven poeta (García Lorca, Aleixandre, Cernuda, Miguel Hernández, Larrea) y, de modo significativo, por haber declarado en el prólogo a su libro *Poesía 1924-1930* (Cruz y Raya, 1934) su propia determinación de *convertirse y ser otro*. “Publico la mayor parte de mi obra poética comprendida de 1924 a 1930 por considerarla un ciclo cerrado (contribución mía, irremediable, a la poesía burguesa) [...]. A partir de 1931, mi obra y mi vida están al servicio de la revolución española y del proletariado internacional”. Dedicado por Alberti en “septiembre de 1935”, Huerta tuvo entre sus tesoros el ejemplar 196 de ese libro, en cuyas páginas, tanto como en los poemas, latía para él esa frase tajante que luego citaría en varios escritos de épocas diversas.

No es necesario aducir otros testimonios igual de elocuentes sobre la gradual adquisición por parte de Efraín Huerta de una educación y una conciencia políticas que desde entonces se verán imbricadas con su actividad vital y con su escritura poética y en prosa. Sus poemas y sus artículos periodísticos, sus proclamas, sus intervenciones en mítines y sus acciones, documentan su temprana decisión de dedicar la integridad de su actividad intelectual y escritural a elaborar un testimonio individual sobre los acontecimientos del mundo que lo conmovían y le causaban dolor, que violentaban su integridad y su paz personal y —de acuerdo con su visión— también las de la especie humana.

Como lo muestran sus actos y sus escritos, Efraín Huerta no se impuso esa tarea testimonial con la fría deliberación de quien adopta una postura política, ni como efecto del impulso apasionado surgido en un instante de iluminación redentora. No. Se vio moralmente impelido a ella tras experimentar, entre los 16 y los 22 años de edad, diversos momentos críticos de reflexión y análisis ante acontecimientos del entorno nacional y mundial: la instauración de la Segunda República española y los repetidos asedios que culminaron con la sublevación militar que detonó la Guerra Civil; el ascenso y consolidación del fascismo en Italia y Alemania; la llegada de Lázaro Cárdenas a la presidencia del país, seguida de un amplio programa de reformas sociales; el no tan oculto panorama de ruina, pobreza y desigualdad descubierto (y en algunos casos ocasionado) por la Revolución mexicana.

El primer momento en que se muestra con toda su complejidad la vocación testimonial —y digámoslo ya:

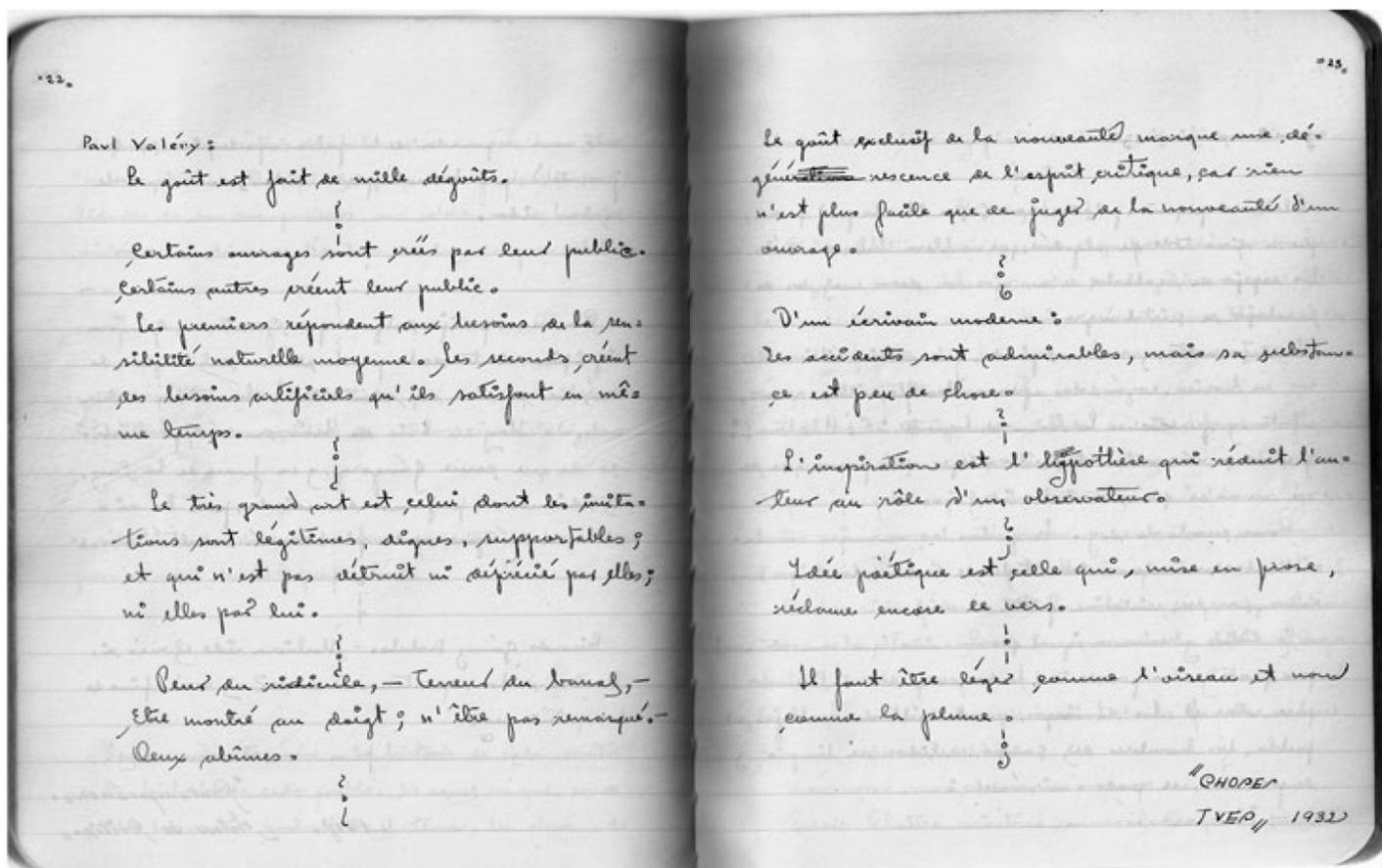
periodística— de Efraín Huerta en su obra surge del acontecimiento traumático del asesinato de Federico García Lorca, ocurrido entre el 18 y el 19 de agosto de 1936. Como documentó Guillermo Sheridan, alrededor de esos días Huerta y otros colegas salieron de la Ciudad de México con destino a Veracruz, donde abordaron un barco de la Armada que habría de llevarlos al puerto de Progreso, Yucatán, para de ahí trasladarse a Mérida, en donde el 3 de septiembre sería inaugurado el XIII Congreso Nacional de Estudiantes, al que acudían. Según relata Huerta, antes de llegar a su destino, estando aún en altamar, cayó en sus manos un periódico de los primeros días de septiembre y en él leyó “la noticia desquiciante”.

Conocemos con detalle el impacto suscitado por el terrible crimen en Huerta —sus pensamientos, sus evocaciones, su desesperación—, porque, instado por su decisión de identificar su tarea de escritor con la de testigo, el joven de 22 años se encargó de preservarlos doblemente: en un poema que empezó a escribir días después y que firmó el 16 de octubre de 1936 —“Presencia de Federico García Lorca”—; y en un artículo titulado “El mar y la muerte de García Lorca”. Publicados de manera conjunta el primero de noviembre de ese año en el *Diario del Sureste* (el poema en versión reducida respecto de la final que conocemos), la lectura de ambos escritos nos ofrece una experiencia singular: la de estar frente a dos composiciones literaria y técnicamente distintas, pero por entero equivalentes en intención, además de surgidas de

una misma y única experiencia de rabia y desolación. Y no sólo eso, pues aparte de coincidir en la expresión del dolor, la inmensidad de la pérdida y la vileza de los asesinos, el poema y el artículo tuvieron el propósito común de ofrecerse como testimonios ejemplares que sirvieran a la actividad revolucionaria y artística del futuro.

Dicho de otro manera, hay en ambos escritos la manifestación de lo que llamo la condición ontológica de la práctica periodística en la totalidad de la obra de Efraín Huerta, realizada en los escritos dedicados al asesinato de García Lorca en las formas —que aquí no resultan antitéticas— de un periodismo poético de sus emociones (el poema) y de un periodismo de los acontecimientos del mundo (el artículo).

Muy lejos (muy por encima) de las visiones restrictivas y tantas veces hipócritas de descalificar la obra de Huerta tildándola de “comprometida”, “roja” y “de protesta”, en él la práctica de la escritura se ve antecedida de una suerte de reajuste conceptual: asume el periodismo como una actividad potenciada por el filtro visionario de la poesía, que se realiza indistintamente en formas poéticas y prosísticas, sin que ello implique ni demérito de la actividad poética, ni elevación retórica de la periodística. Ajeno como fue a aceptar etiquetas preestablecidas, Huerta sostuvo una convicción que no es difícil localizar en su obra: el periodismo no es una escritura de condición degradada, ni secundaria, ni mucho menos ancilar, sino que puede vehicular fines superiores. Ser espejo y profecía.



Aforismos de Paul Valéry en francés transcritos por Efraín Huerta, 1933